



dirigió a su casa. No había recorrido una cuadra, cuando en la distancia vio a Felipe y Yezid que venían corriendo como dos trombas de viento. Dayana detuvo la carreta. Los dos chicos llegaron jadeando. No podían hablar de la emoción que los embargaba. Parecía que se hubieran tragado la lengua; sólo hacían señas con las manos y gestos con la cara. Felipe traía en su mano derecha un papel.

—¡Por Dios, muchachos!... ¡Hablen!... ¿Qué les ha sucedido?... ¿Por qué están tan alterados? —interrogaba Dayana con inusitada curiosidad.

Los gemelos continuaron gesticulando. De pronto, Felipe se acercó a Dayana y la besó en la mejilla. Enseguida Yezid hizo lo mismo. Tomaron aire para llenar los pulmones y al unísono exclamaron:

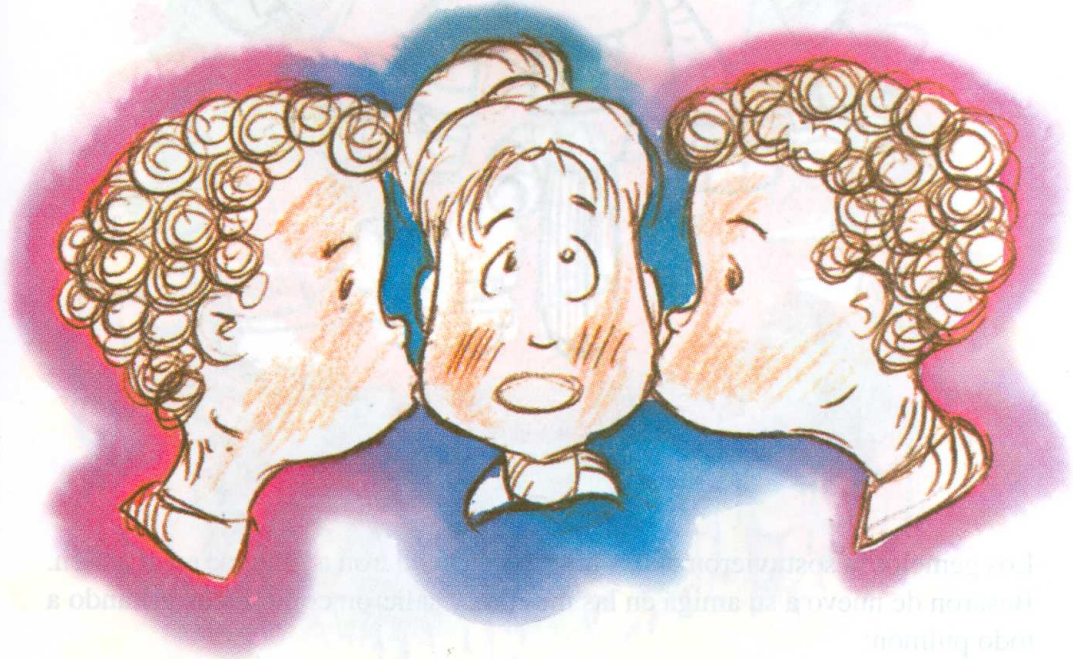
—Dayana... ¡Eres la mejor!... ¡La mejor!

—¿Qué dicen?... ¿De qué hablan?...

—¡Eres la mejor de Colombia! —repitieron en coro. Ahora ambos la abrazaban. Felipe de frente y Yezid por atrás.

—¡Felipe!... ¡Yezid!... ¡Suéltenme!... ¡Me tienen como queso de hamburguesa! —exclamó riendo Dayana.

Sin entender lo que decían los gemelos, Dayana le quitó a Felipe la hoja de papel que traía en la mano y la leyó. Al enterarse del contenido de la fotocopia, Dayana palideció y por segunda vez sintió sus piernas como de gelatina. Para no caerse se agarró de la carreta.





Los gemelos la sostuvieron de los brazos y la ayudaron a sentarse en el andén. Besaron de nuevo a su amiga en las mejillas y salieron como locos gritando a todo pulmón:

—¡Dayana es la mejor de Colombia!... ¡Dayana es la mejor de Colombia!...

Por los hermosos ojos amarillos de Dayana las lágrimas rodaron en silencio y cayeron sobre el papel. Así permaneció durante varios minutos. La gente se detenía y la indagaba, pero ella estaba tan alterada que tampoco podía hablar. Una vez más los gemelos hicieron su aparición, pero ahora manejaban una motocicleta que tenía doble asiento. Llegaron donde Dayana y la invitaron a subir. La bella adolescente solicitó que la llevaran a Armero, en donde se levantaba el monumento a Omaira. Los gemelos giraron el vehículo y lo enrumbaron con dirección a Lérida. Durante el corto trayecto que separaba a Armero de Guayabal, ninguno de los tres muchachos habló. Estaban impactados por la feliz noticia. Cuando llegaron al lugar, Dayana caminó hasta el monumento mientras los gemelos aguardaron sentados en la motocicleta.

